Blasco Ibáñez en Japón: la satisfacción de un deseo infantil

David Taranco[*]

El capítulo que Vicente Blasco Ibáñez dedica a su recorrido por Japón dentro de *La vuelta al mundo de un novelista* (1924), relato en el que el escritor narra su viaje de circunnavegación del planeta, ocupa aproximadamente la mitad del primero de los tres volúmenes que componen la obra, es decir, una sexta parte del total. Se trata de una extensión considerable, ya que el novelista apenas permanece en el archipiélago japonés unos diez días dentro un periplo transoceánico que, en su caso, dura cuatro meses, pues parte de Nueva York el 15 de noviembre de 1923 para desembarcar en Montecarlo el 14 de marzo de 1924. Además, Japón no es sino una de las muchas paradas en una travesía en la que el novelista va visitando territorios que corresponden en la actualidad a Cuba, Panamá, Hawái, Corea, China, Filipinas, Indonesia, Singapur, Myanmar, India, Sri Lanka, Egipto, Sudán e Italia. ¿A qué se debe, pues, este aparente interés acentuado del autor por Japón? En este breve artículo trataré de responder a esta pregunta rescatando algunos pasajes de *La vuelta al mundo de un novelista* y de otros escritos de Blasco Ibáñez que me parecen dilucidadores en dicho propósito.

Son varios los factores que, en principio, se pueden esgrimir para explicar el interés de Blasco Ibáñez por Japón. Podría conjeturarse, por ejem-

* Profesor adjunto de la Universidad Rikkyo (Japón). Autor de una tesis doctoral sobre *La vuelta al mundo de un novelista.* Ha traducido al español a los poetas japoneses Shuntarō Tanikawa (Visor, 2019) y Chūya Nakahara (Satori Ediciones, 2021).

plo, que el escritor, después de haber triunfado en Estados Unidos con la publicación, en 1918, de la traducción al inglés de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, tal vez aspirara a conquistar al lector japonés, un público con un elevado índice de alfabetización, siempre dado a la lectura y, una vez abierto el país al exterior, deseoso de conocer la literatura de moda en Occidente. De hecho, el novelista tenía indicios para creer en ello, pues, poco antes de iniciar el viaje, según relata Tominaga (1967: 32), recibió una carta en la que Shizuo Kasai (1895-1989) y Hirosada Nagata (1885-1973), a la sazón docentes de la actual Universidad de Estudios Extranjeros de Tokio, le solicitaban los derechos de traducción de *Los muertos mandan* (1908), *Un beso* (1920) y *Puesta de sol* (1921), el primero, y *La barraca* (1898) y *Sangre y arena* (1908), el segundo. Esta suposición encuentra réplica en las páginas de *La vuelta al mundo de un novelista* donde el propio escritor, antes de llegar a Japón, el 23 de diciembre, se muestra preocupado por la suerte que han podido correr sus traductores durante el terremoto del 1 de septiembre, un desastre que causó más de 100 000 muertos (Oficina del Gabinete de Gobierno de Japón, 2006). Este es el extracto del texto:

> Hace cuatro meses, a fines de agosto, estando en mi casa en Mentón, recibí una carta suscrita por dos profesores japoneses que han traducido algunas de mis novelas. Se habían enterado de mi próximo viaje y me anunciaban, con su fina cortesía nipona, un cariñoso recibimiento y varias fiestas en mi honor, cuando llegase a su país.
>
> Seis días después, el 1.º de septiembre, circuló por el mundo la noticia del gran temblor de tierra que ha destruido completamente a Yokohama y quebrantado a Tokio y otras ciudades japonesas. Nunca en los siglos conocidos de la historia humana ocurrió una catástrofe tan enorme y que causase tantas víctimas.
>
> Marcho hacia el Japón sin haber recibido noticia alguna de allá, después del cataclismo. Por la noche miro ansiosamente hacia el punto del horizonte donde creo que están ocultas las islas japonesas.
>
> ¿Vivirán aún Hirosada Nagata, Shizuo Kasai y otros traductores míos?... ¿Encontraré a mis amigos japoneses en el muelle destruido de Yokohama, o saldrá a recibirme la noticia de su muerte?... (1924: 171).

Los dos personajes mencionados sobrevivieron al terremoto y, en efecto, fueron a recibir al escritor al puerto de Yokohama. Ahora bien, ninguno de los dos podía considerarse todavía un traductor de hechuras definidas, ya que, por aquel entonces, las traducciones directas del español al japonés aún estaban en una fase embrionaria. Antes de la llegada de Blasco Ibáñez a Japón, los pocos textos vertidos al japonés —algunas obras de Calderón de la Barca, Cervantes y Pedro Antonio de Alarcón— no estaban basados en la fuente original, sino que partían de versiones en alemán, francés, inglés u otro idioma. Del novelista valenciano se habían publicado *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, novela traducida del inglés por Sekizō Miura, en 1921, *y La barraca*, aparecida un año después en traducción, también del inglés, de Hiroshi Ono. Esto significa que todavía no había traducción directa alguna de la obra de Blasco Ibáñez. En realidad, la presencia que tenía por entonces la literatura española en Japón era mínima debido al poco peso de España en Asia tras la pérdida de las Filipinas y a la falta de traductores.

Vemos, pues, que al contrario de lo ocurrido en Estados Unidos, donde el hispanismo ya había echado raíces antes del arribo de Blasco Ibáñez, cuya figura solo supuso un empuje a una labor emprendida anteriormente por otros autores hispanohablantes, un puñado de traductores entusiastas y un grupo de docentes cuyo empeño llevó a la creación de departamentos hispánicos en las universidades y a la fundación de la Asociación de Profesores de Español y Portugués (Cobeta, 2018: 331), en Japón, el español apenas excedía el papel de herramienta utilitaria para la diplomacia, el comercio y la emigración a Latinoamérica (Terasaki, 2019: 118).

Blasco Ibáñez seguramente desconocía esta situación, pero, una vez en el país, debió de ser consciente de las dificultades que entrañaba la difusión de su obra en Japón, ya que en *La vuelta al mundo de un novelista* no vuelve a hablar de traducciones y, por el contrario, centra su atención en contarnos su impresión del archipiélago japonés, al tiempo que va insertando digresiones culturales e históricas

con una mirada en la que, como afirma Oleza (2000: 22) al analizar el conjunto de su bibliografía, está presente el antropólogo, el cronista, el reportero y el sociólogo.

Descartada, pues, la aspiración meramente literaria como desencadenante del interés de Blasco Ibáñez por Japón, debemos indagar en otros derroteros. En mi opinión, el pasaje antes citado nos da una pista importante para formular una segunda hipótesis, que es la que pretendo defender a continuación. En concreto, si observamos la reacción del escritor al recordar la misiva llegada de Japón, vemos que destaca la «fina cortesía nipona» de los dos remitentes. Y me pregunto: ¿a qué cortesía puede aludir el autor, máxime cuando todavía no conoce el país ni ha tenido relación estrecha con japonés alguno? La respuesta, a mi juicio, se halla en el retrato de Japón que se ha forjado previamente en su pensamiento por medio de lecturas de los viajeros que lo precedieron y en la imagen preconcebida del país que compartía una sociedad europea fascinada ora por el japonismo, ora por los avances militares y tecnológicos del Imperio nipón tras sus triunfos aplastantes en sendos conflictos armados contra China (1894-1895) y Rusia (1904-1905).

La presión metafórica del viaje

Como paso previo al análisis más cercano del texto de *La vuelta al mundo de un novelista*, creo conveniente tratar de exponer el motivo por el que Blasco Ibáñez decide abandonar la comodidad de su retiro en la Riviera francesa para lanzarse a la aventura. En 1923, momento en el que emprende el viaje alrededor del mundo, el novelista lleva cerca de dos años instalado en Fontana Rosa, una villa de aires mediterráneos que ha adquirido en Francia tras volver de una gira por Estados Unidos —propiciada por el éxito de la publicación de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*— con varios contratos firmados y otros en proyección «para escribir artículos de prensa, remunerados a dos mil dólares cada uno, para escribir escenarios para el cinematógrafo y por los derechos de las novelas que pensaba publicar» (Sales, 2019:

102). Tiene, pues, dinero, y ha alcanzado renombre mundial. Además, lleva una vida placentera con su compañera Elena Ortúzar, que ha enviudado unos años antes, lo que ha dado a la pareja más libertad de movimientos y ha puesto en sus manos la herencia del finado (Varela, 2015: 715). Al mismo tiempo, trascurre sus días alejado del bullicio y los compromisos de las grandes ciudades y parece ante todo interesado por sacar adelante la serie de novelas históricas que tiene en mente. Uno de los pocos quebraderos de cabeza que parecen preocuparle son los recurrentes achaques de gota y la diabetes, afecciones que han mermado su capacidad de desplazamiento y que, por tanto, deberían actuar como condicionante disuasorio para hacer un crucero transoceánico de larga duración.

A pesar de todas estas circunstancias, el escritor toma la decisión de embarcarse en el *Franconia*, uno de los mayores trasatlánticos del momento, para dar la vuelta al mundo. ¿Qué lo lleva a dar ese paso? En mi opinión, Blasco Ibáñez siente de repente la necesidad de volver a viajar para escribir. Volver, sí, porque el viaje se presenta en su escritura como una suerte de estímulo metafórico y, una vez más, ejerce una atracción irresistible. Es esta una constante en la vida del novelista desde su adolescencia, cuando huye de casa en busca de una aventura incierta en Madrid, escenario de su primera experiencia literaria seria como amanuense del escritor folletinista Manuel Fernández y González (1821-1888). Los viajes, como es bien sabido, seguirán marcando su carrera literaria y su actividad vital con sendos exilios temporales en Francia e Italia, un recorrido por Europa y Turquía que arroja como resultado la publicación de *Oriente* (1907), una aventura como colono en Argentina y la mencionada gira triunfante por Estados Unidos. Por el contrario, en la Riviera francesa, Blasco Ibáñez ve reducidos sus paseos por el mundo a excursiones periódicas a Montecarlo, donde el único aliciente digno de mención es observar a una pléyade internacional de aristócratas, magnates y buscavidas, esos personajes que tan bien retrata en *Novelas de la Costa Azul* (1924):

> Viajando por todo el mundo es como puede uno darse cuenta del prestigio lejano y misterioso que gozan estas poblaciones de la Costa Azul. Muchas veces, en los Estados Unidos, en Canadá, en Méjico o en naciones del norte de Europa, al decir yo que tengo mi casa en la Costa Azul, he visto entornar los ojos a los que me escuchaban con una expresión ensoñadora, lo mismo hombres que mujeres, murmurando nostálgicamente:
>
> —¡Niza!... ¡Montecarlo! […] Los personajes más famosos desfilan por esta tierra (1958: 343).

Blasco Ibáñez debía de sentirse enclaustrado en un mundo que a buen seguro se le quedaba pequeño, ya que, en el fondo, como él mismo confiesa en una carta al crítico y filólogo Julio Cejador y Frauca (1864-1927), él era un hombre de acción, incapaz de permanecer inmóvil durante tres meses en un sillón (Blasco Ibáñez, 1960: 17). En su retiro mediterráneo, el novelista, coincido en ello con Reig (2002: 149), se había alejado de la realidad para enfrascarse en asuntos de historia, que no manejaba con la misma soltura. Necesitaba, por tanto, una presión metafórica externa que le

Postal con imagen del *Franconia* (CMBI).

devolviese la capacidad de agudizar vista y oído para plasmar por escrito la agitación propia y ajena. Así visto, la oportunidad de dar la vuelta al mundo surge como una vía para recuperar la chispa en la escritura, y ello, no cabe duda, se ve reflejado en *La vuelta al mundo de un novelista*, una obra en la que el autor vuelve a poner en acción todos sus atributos: el retrato costumbrista, la descripción sutil, la digresión didáctica y la crítica social.

Una aventura para saciar todas las curiosidades

Una vez tomada la decisión de abordar el *Franconia* para dar la vuelta al mundo, Blasco Ibáñez concibe la redacción de un gran relato de viajes. A lo largo del periplo irá escribiendo una serie de crónicas que, más tarde, quedarán recogidas en un libro. «¿En qué trabaja usted ahora?», le pregunta Francisco Madrid, corresponsal en París del *Heraldo de Madrid*, la víspera de abandonar Francia con destino a Nueva York para iniciar el crucero. El escritor, aparentemente contrariado, responde: «¿Ahora? En nada. Pero, ¿no le he dicho que me voy a dar la vuelta al mundo mañana por la mañana, a las ocho? Después escribiré un libro titulado *La vuelta al mundo de un novelista*» (Madrid, 1923: 1).

El viaje activa de inmediato el resorte de la memoria en el escritor, quien concibe esta aventura como la culminación de un deseo infantil y la satisfacción de las curiosidades suscitadas por una larga vida de lecturas. Así lo proclama en una carta remitida al doctor Aranda, médico y bodeguero jerezano con el que mantenía amistad a raíz de una visita de documentación a Jerez de la Frontera para la redacción de *La bodega* (1904). Así, el 18 de julio de 1923, el diario *La Voz* anuncia que Blasco Ibáñez se dispone a emprender un viaje alrededor del mundo a bordo de un transatlántico de veinte mil toneladas y cita la misiva remitida al médico jerezano. Según el novelista, la aventura transoceánica será «el último viaje de su vida, pues después de este recorrido quedan agotadas todas las curiosidades» (*La Voz*, 1923: 1).

Esta confesión epistolar de Blasco Ibáñez también puede leerse en las primeras páginas de *La vuelta al mundo de un novelista*, donde el autor evoca ese mismo deseo inveterado de viajar y conocer el mundo para

satisfacer sus curiosidades. Todavía en la mansión de la Riviera francesa, el lector es testigo de una conversación entre el autor y su otro yo. «¿Por qué te vas?», pregunta el *alter ego*, «¿Qué puedes conseguir realizando tu infantil deseo de hacer un viaje alrededor del mundo? Si tienes curiosidad por conocer los pueblos lejanos, no tienes más que entrar en tu biblioteca, que está a pocos pasos» (1924: 10). El escritor responde que tiene ante sí una aventura fascinante por «la voluptuosidad del movimiento, las embriagueces de la acción, la ardiente curiosidad de contemplar de cerca, con los propios ojos, lo que se leyó en los libros» (1924: 12), y añade que «ahora es el momento propicio para mi viaje» (1924: 12).

Sin embargo, la sombra insidiosa de la diabetes y sus 56 años de edad parecen provocarle cierto recelo. «No olvides que te restan menos años de existencia que los que llevas ya vividos» (1924: 11), le advierte su otro yo. El novelista repone evocando sus sueños infantiles. «Recuerda», dice, «que desde mis primeras lecturas de muchacho sentí el deseo de ver el mundo, y no quiero marcharme de él sin haber visitado su redondez» (1924: 12). A continuación, se lanza a un monólogo en el que termina diciendo: «Ahí te quedas. Te dejo sobre este banco, como algo que me estorba para seguir adelante. ¡Empiezo el viaje!» (1924: 17).

En busca del Japón de los libros

Corre una mañana fría de diciembre de 1923 cuando, después de diez días de monótona navegación por altamar, la bruma se disipa y ante los ojos de Blasco Ibáñez, apostado con curiosidad en la cubierta del transatlántico *Franconia*, surge imponente el monte Fuji:

> Acaban de rasgarse y disolverse los vapores del horizonte, el cielo queda limpio, y a enorme altura vemos una especie de nube sonrosada y triangular que refleja la luz del sol. Todos la conocemos. Es el célebre Fuji-Yama (monte Fuji), el volcán desmochado y con eterna esclavina de nieve que aparece en tantas estampas y tantos biombos y abanicos japoneses, como resumen de las bellezas de la tierra nipona (1924: 173).

Antes de desembarcar en el puerto de Yokohama, el viajero, como se observa en este pasaje, emprende un juego de identificación de un Japón con el que él, pese a ser su primera visita, parece estar familiarizado. Es, sin duda, ese país de las lecturas al que alude Blasco Ibáñez cuando dice sentir una «ardiente curiosidad de contemplar de cerca, con los propios ojos, lo que se leyó en los libros» (1924: 12). Y son estas unas lecturas que seguramente se remontan a los primeros años de razón del novelista, según revela en una carta a su amigo y biógrafo Gascó Contell: «Cuando empecé a darme razón de mi existencia ya escribía, con mala letra, como es natural, y sobre todo leía con una agilidad que puedo llamar voluptuosa» (2012: 67).

El deseo de refrendar sus conocimientos empieza a manifestarse ya antes de poner pie en tierra y Blasco Ibáñez no esconde su intención en ningún momento. Antes de desembarcar, en la misma cubierta del *Franconia*, un corro de reporteros lo aborda para preguntarle por el motivo de su visita a Japón. El escritor, aun no habiendo alcanzado allí la misma fama que en Europa o Estados Unidos, era conocido por un selecto grupo de intelectuales y periodistas que habían tenido acceso a su obra por medio de las traducciones disponibles en inglés. Para ellos, el autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* representaba el paradigma del escritor y cronista combativo, siempre dispuesto a elevar la voz ante las injusticias sociales y el despotismo de los gobernantes. Esperaban, por tanto, que ese literato de fama mundial emitiera un juicio crítico sobre los cambios radicales que estaba experimentado Japón después de su apertura al exterior tras más de dos siglos de aislamiento. Sin embargo, el ilustre visitante, obnubilado por la efigie majestuosa del monte Fuji y por los hombres de piernas desnudas y con un simple pañizuelo por calzoncillo que salen al encuentro del *Franconia* en veleros (1924: 175), elude las preguntas más comprometidas de los reporteros. Así, en lugar de pronunciarse sobre la rápida industrialización del país, la irrupción del capitalismo y la adopción del pensamiento occidental, se limita a decir que su presencia en Japón no pasa de ser «un viaje recreativo», al

tiempo que confiesa sentirse rebosante de felicidad «por haber podido venir al país de las flores del cerezo, al país del monte Fuji, al país que desde antaño despierta sus anhelos» (Tominaga, 1970: 57).

Blasco Ibáñez, en efecto, se plantea el viaje transoceánico como una suerte de aventura turística en compañía de Elena Ortúzar y de la doncella de esta, si bien en las páginas de *La vuelta al mundo de un novelista* no hay ninguna mención explícita a que los tres estén viajando juntos y, antes bien, se da a entender que el novelista ha emprendido la travesía en solitario. Y, de hecho, así se desprende del relato, cuyo protagonista indiscutible es el viajero-narrador. Por ello, una vez en Japón, el texto no reproduce otra impresión que no sea la suya. Desconocemos, pues, la reacción de sus acompañantes y todo cuando refleja la narración es una mirada a menudo corrompida por las lecturas del autor, es decir, la intertextualidad que caracteriza los relatos de viajes (Alburquerque-García, 2006: 82). Las voces autoritativas que esgrime de forma implícita o explícita Blasco Ibáñez en su discurso son los literatos franceses Pierre Loti (1850-1923) y Eugène Brieux (1858-1932), que visitaron Japón antes que él, y el escritor Lafcadio Hearn (1850-1904), que vivió en el archipiélago japonés durante la última etapa de su vida. Son, sobre todo en el caso de Loti y Hearn, algunas de las figuras que contribuyeron a crear la imagen del Japón exótico en la Europa finisecular.

Con la idea de un país extravagante en mente, Blasco Ibáñez desembarca en el puerto de Yokohama y busca ese lugar pintoresco que retratan los libros. Sin embargo, su primer intento resulta infructuoso porque las personas con las que se cruza por la calle «aunque son japoneses, tienen un aspecto casi occidental» por su indumentaria y forma de actuar, lo que lo lleva a exclamar con decepción: «No se ve el Japón por ninguna parte» (1924: 184). En ese momento, el novelista inicia una búsqueda del Japón tantas veces leído, porque, este viaje, en efecto, tiene por objetivo rememorar los recuerdos de la infancia y saciar la curiosidad entonces suscitada.

Kioto: el reencuentro

El pasaje que seguramente mejor ilustra lo expuesto en los párrafos precedentes es la visita de Blasco Ibáñez a Kioto. Después de contemplar monumentos históricos que, en opinión del autor, «solo con un esfuerzo de imaginación pueden encontrarse interesantes» (1924: 291), la ilusión se redobla al remontarse el visitante a su infancia. De nuevo se activa el resorte de la memoria, lo que permite gozar de la vista por medio de este peculiar reencuentro: «Deseo visitar cierta pagoda de esta ciudad que conozco de nombre hace muchos años, casi desde mi niñez, y nunca creí en aquellos tiempos que llegaría a verla directamente con mis ojos. Es el templo de los *Treinta y tres mil trescientos treinta y tres dioses*» (1924: 292). Después de emparentar este templo budista de Kioto con un recuerdo infantil, el viajero, ahora que por fin puede verlo con sus propios ojos, se prodiga en una descripción del recinto y de los bonzos que, dado el carácter riguroso y favorable de la misma, contrasta con la burla mostrada al retratar los edificios imperiales, cuyo interior ofrece «un aspecto desolado» (1924: 290) y cuya apariencia exterior semeja «enormes caballerizas de Inglaterra» (1924: 291).

¿A qué se debe este trato desigual del autor cuando la majestuosidad de ambas construcciones es pareja? En mi opinión, Blasco Ibáñez, como él mismo confiesa, no visita Japón como el escritor de renombre mundial que es, sino como el turista que solo aspira a disfrutar el recorrido por el archipiélago japonés sin embarcarse en un proceso hermenéutico complejo. En consecuencia, lejos de escudriñar la realidad de forma permanente, sus ojos buscan, ante todo, reconocer los lugares comunes con el objetivo de satisfacer una serie de curiosidades ya constituidas antes del viaje, unos deseos que, como el templo de Kioto, se han ido gestando desde la infancia.

Esta maniobra de reconocimiento se observa en muchos otros episodios del relato y puede resumirse en la representación de la mujer japonesa:

> Muchachas del país, *musmés* [mujeres jóvenes] frágiles como muñecas, con peinado enorme y un lazo en forma de almohadilla a continuación de la espalda, sonreían al transeúnte, cantando

Blasco Ibáñez posa con una mujer japonesa durante su estancia en Tokio (Fundación C. E. Vicente Blasco Ibáñez/ CMBI).

> con voz de gatita a las puertas de sus casas de juguete, mientras tañían una diminuta guitarra de largo mástil (1924: 178).

En esta descripción ecfrástica se observan algunas de las características estereotipadas del Japón exótico que se difundieron por Europa a finales del siglo XIX y principios del XX a raíz de los libros *Madame Chrysanthème* (1888) y *Japoneries d'Automne* (1889), de Pierre Loti, y gracias también a las revistas ilustradas de la época (*Blanco y Negro*, *La Esfera*, *La Ilustración Española y Americana* o *Nuevo Mundo*) y a las Exposiciones Universales de Viena (1873), Filadelfia, (1876), París (1878 y 1900), Barcelona (1888) o a la Bienal de Venecia (1897).

El hecho de que Blasco Ibáñez haga esta descripción desde el *Franconia*, antes incluso de desembarcar en el puerto de Yokohama y sin haber visto de cerca a la mujer japonesa, podría resultar sorprendente si no supiéramos que, en el fondo, está activando el resorte de la intertextualidad en el lector mediante la evocación de una imagen femenina que se ha ido creando en el pensamiento europeo colectivo durante las décadas precedentes. Este cuadro estereotipado se manifiesta por medio de elementos recurrentes a lo largo de la narración como las referencias a la fragilidad, la utilización de adjetivos que aluden al tamaño, la atribución al rostro femenino de una sonrisa sempiterna, el empleo metafórico de los términos «juguete» y «muñeca», la presencia constante de diminutivos y el uso de «gata» o «gatita» como sinécdoque de la mujer japonesa.

En resumen, Blasco Ibáñez concede una atención privilegiada a su estancia en Japón porque este país, más que ningún otro territorio visitado durante la travesía transoceánica, le permite revivir sus lecturas en busca de un lugar que, a su manera, le resulta conocido. De ahí la importancia que cobra el capítulo dedicado a Japón dentro de *La vuelta al mundo de un novelista*.

Por último, cabe preguntarse si el autor logró satisfacer con este viaje todas sus curiosidades. A juzgar por el relato resultante, creo que se puede responder de forma afirmativa. No solo el espacio dedicado a Japón, sino el conjunto de los tres volúmenes en que narra su periplo transoceánico son un excelente colofón a una prolífica y rica carrera literaria.

Bibliografía

ALBURQUERQUE-GARCÍA, Luis, «Los libros de viajes como género literario», en Lucena Giraldo, Manuel y Pimentel, Juan (eds.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006, pp. 67-87.

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, *La vuelta al mundo de un novelista* (tomo 1), Valencia, Prometeo, 1924.

_____, *Obras Completas* (vol. I), Madrid, Aguilar, 1960.

_____, *Obras Completas* (vol. III), Madrid, Aguilar, 1958.

_____, *Cartas a Emilio Gascó Contell*, edición de Josep Carles Laínez, Valencia, Ajuntament de València, Servicio de Publicaciones, 2012.

COBETA GUTIÉRREZ, Beatriz, *La recepción de la obra de Vicente Blasco Ibáñez en Estados Unidos (1900-1928)*, tesis doctoral, Universidad Nacional de Educación a Distancia, España, 2018.

La Voz, «El viaje en que el señor Blasco Ibáñez agotará toda su curiosidad», *La Voz*, 18-VII-1923, p. 1.

MADRID, Francisco, «Blasco Ibáñez o el viaje alrededor del mundo», *Heraldo de Madrid*, 22-X-1923, p. 1.

OFICINA DEL GABINETE DE GOBIERNO DE JAPÓN, *Informe sobre el Gran Terremoto de Kanto*, 2006, recuperado de la página web sobre de desastres: http://www.bousai.go.jp/kyoiku/kyokun/kyoukunnokeishou/rep/1923_kanto_daishinsai/index.html#document1.

OLEZA, Joan, «Novelas mandan. Blasco Ibáñez y la musa realista de la modernidad», en Oleza, Joan y Lluch, Javier (eds.), *Vicente Blasco Ibáñez: 1898-1998. La vuelta al siglo de un novelista. Actas del Congreso Internacional celebrado en Valencia del 23 al 27 de noviembre de 1998* (vol. 1), Valencia, Generalitat Valenciana, Conselleria de Cultura i Educació, Direcció General del Llibre i Coordinació Bibliotecària, 2000, pp. 19-51.

REIG, Ramiro, *Vicente Blasco Ibáñez*, Madrid, Espasa, 2002.

SALES DASÍ, Emilio, *Blasco Ibáñez en Norteamérica*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2019.

TERASAKI, Hideki, «日本のスペイン語教育の歴史ー東京外語中心にー (Historia de la enseñanza del español en Japón: Estudio centrado en la Universidad de Estudios Extranjeros de Tokio)», *Estudios Lingüísticos Hispánicos*, 34, 2019, pp. 109-126.

TOMINAGA, Hiroshi, «大正12年12月24･4　ーブラスコ･イバーニエスの来日とその日本観ー　(24 de diciembre de 1923: La llegada de Blasco Ibáñez a Japón y su visión del país)», *Hispánica*, 12, 1967, pp. 26-43.

_____, «大正12年12月24･4　ーブラスコ･イバーニエスの来日とその日本観ー　(三) (24 de diciembre de 1923: La llegada de Blasco Ibáñez a Japón y su visión del país: 3)», *Hispánica*, 15, 1970, pp. 38-65.

VARELA, Javier, *El último conquistador: Blasco Ibáñez (1867-1928)*, Madrid, Tecnos, 2015.